

es que verdaderamente, en Angel Ganivet y sus personajes, salvo en lo común a toda criatura humana, no cabe identificar el amor a sí mismo con el egoísmo. De aquí que Conradi, en el estudio aludido, interprete dicho amor a sí mismo como "Eros" autocreador. No escapa a la consideración del crítico esa nota de crueldad para consigo mismo que semejante impulso tiene en la actitud de Pedro Mártir, actitud —advierte— que ha de ser interpretada, no desde el punto de vista de una autocreación vital, como en Nietzsche, sino desde el punto de vista de una autocreación "mortal", pues las violencias que el escultor comete en sí mismo tienden a alcanzar la felicidad suprema en el reposo absoluto de la muerte.

Si el amor a sí mismo se entiende, pues, como "Eros" autocreador, la importancia de esta especie de amor en la obra ganivetiana es de primer orden. Mas el conflicto no se debe sólo a que "Eros" autocreador y "Caritas" cristiana se hagan recíproca guerra de continuo (el mismo Conradi advierte que el "Eros" lleva a la "Caritas" y la sustenta a menudo en Ganivet), sino, a mi juicio, a la índole satánica, nihilista y mortal de ese principio de autocreación, que no sería paradoja banal comprender más bien como un principio de autodestrucción. Todo el entusiasmo febril de Pedro Mártir por lanzarse a la aventura de su autocreación y el alucinado delirio con que enamora, petrifica y venera a su alma, tienen, más que un signo anticaritativo, un signo de soberbia satánica. El escultor es el anti-Dios, la criatura blasfema que aspira a ser rival de Dios.

El mismo Ganivet, en un pasaje de su *Epistolario*, no utilizado por cierto ni por Jeschke ni por Conradi, nos da testimonio de su admiración por la hazaña del ángel rebelde, y el texto, por hallarse dentro de la espontánea comunicación de una carta, es tanto más significativo. Hace observar Ganivet a su amigo Navarro Ledesma que la mayoría de los hombres, cuando empiezan a ensayar el vuelo fuera del hogar paterno, suelen darse aires de indisciplina, encubriendo su egoísmo con manifestaciones enteramente contrarias. "En vez de contentarse con el altruísmo natural —explica—, con el sacrificio por los padres, por la familia más íntima, el joven altruísta, so pretexto de que sus vistas sobre la Humanidad se salen de los... moldes ordinarios del vulgar amor doméstico, comienza por dejar un poco de lado a su querida familia para consagrarse a amar cosas más altas. Primera forma mitigada del egoísmo (...). El segundo momento llega cuando el joven en cuestión no se encuentra tampoco con fuerzas para continuar amando a la Humanidad... en general, ni aun siquiera en forma de ideas, ¡no ya de personas o masas! Este egoísmo perfeccionado y ex-

perimental es ya tan negro y tan tristón, que obliga a acogerse a la familia de nuevo (...). Hay muchos hijos pródigos que no han salido más que idealmente de la casa paterna. Tal es el valor de la parábola, que lo mismo es aplicable a la vida espiritual que a la material, a la vida de aquí abajo que a la de las creencias supramundanas (...). Son muy pocos los que tienen bríos para seguir las huellas del otro hijo pródigo, que no volvió, ni vuelve, representado en la historia de Luzbel" (II, 962 y ss.). Según se ve, el desprecio de Ganivet se dirige al egoísmo disfrazado y al falso altruismo, a la artificiosa ideología humanitaria. A todo esto es preferible el "altruismo natural", denominación sinónima de caridad. Pero la admiración patente de Ganivet se expresa en el último párrafo y va dedicada a aquel que no volvió, ni vuelve, a la casa paterna, a Luzbel, fugitivo de Dios para nunca regresar a él.

No hay motivo, por tanto, para considerar el amor a sí mismo en Ganivet como egoísmo en sentido corriente, pero tampoco para identificar plenamente ese amor a sí mismo con un principio de "Eros" autocreador. En Pedro Mártir, que es el personaje que sustenta esa idea de la autocreación del alma, no hay alegría, energía ni fe de creador. El escultor se aparta de la familia para ir no sabe adónde, a sufrir sin nadie, a esculpir su alma a fuerza de renunciaciones y tormentos. Cuando vuelve —porque, a pesar del Luzbel que no vuelve, Pedro Mártir vuelve, si bien para morir— se halla poseído de un profundo desencanto de todo y no tiene ya fuerzas más que para morir adorando a su alma. El fantasma de Cecilia, que quiere darle la luz de la fe, sólo encuentra a un demente ensimismado que blasfema y aspira a escalar los cielos con "las alas del corazón" (II, 819), negándose una y otra vez a doblegarse a Dios y a abrazar la fe. El alma con tanto esfuerzo y tanto dolor "creada", la fe nunca tenida y siempre añorada, el ideal nunca poseído y siempre buscado, resultan identificarse, al final de la tragedia, con la muerte:

*¡Alma! ¡Mi hija!... ¡El ideal!...  
¡La fe!... ¡Mi obra maestra!  
¡La muerte! La muerte fría...  
viene... la muerte de piedra... (II, 821.)*

¿Puede llamarse amor autocreativo a un impulso que no sabe adónde lleva y que sólo es apto para prolongar la vida del alma en el dolor y en la renunciación hasta lograr alma, ideal, fe, todo y nada, en la muerte? Más bien parece que este amor a sí mismo encauzado hacia la obra maestra de la muerte no es otra cosa que la soberbia con-

secuente del hijo pródigo que no vuelve, un odio a Dios o amor anti-divino, el pecado de Luzbel.

Y llegamos así a la cima de la tragedia humana de Angel Ganivet. Desechado el humanitarismo como ideal que sólo puede contentar a quienes, filantrópica y democráticamente, rinden adoración al progreso civilizador, Ganivet busca, inspirado en un amor espiritual que abarca en sí todas las formas que corrientemente definen el efecto entre hombre y hombre (amor carnal, amistad, caridad humana), un amor más alto, la caridad entera. Porque el precepto caritativo no está completo si sólo se define como amor al otro. Su texto íntegro reza así: Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Mas lo que Pío Cid no puede, lo que Ganivet no puede, es amar a Dios, ni ¿cómo podría amarle sin creer en él? De ahí su eterna insatisfacción.

En dos ocasiones afirma Pío Cid, en los *Trabajos*, que en la vida hay algo más grande que el amor, pero es curiosa la contradicción de estos dos asertos. El primero, pronunciado cuando todavía el amor de Martina no ha abierto el alma del protagonista al poder de la caridad, es éste: "Yo no soy enemigo del amor; pero sé que hay en el mundo algo más grande que el amor, y por este algo es por lo que yo vivo; y porque presentía que el amor sería un obstáculo en mi vida, lo sacrificué tiempo ha y huyo de él, y huiré mientras el cuerpo me haga sombra" (II, 77). La segunda afirmación se encuentra hacia el final de la novela. La Duquesa de Almadura, mujer discreta, pero enferma de frivolidad, pregunta al preceptor de su hijo: "De suerte que para usted lo primero en el mundo, casi lo único, es el amor." A lo que responde Pío Cid: "Hay algo más grande; pero para llegar a ello no hay más camino que el amor. El mejor amor es el espiritual, y si éste no basta, el amor corpóreo. Hay semillas que sólo germinan en hoyas muy abrigadas, y casi todos los hombres son semillas así" (II, 554). Pero ¿qué es esto superior al amor? ¿La fe? ¿Las creaciones del espíritu humano? ¿La muerte?

El hecho es que Pío Cid, en los *Trabajos*, y Angel Ganivet, en el período de su vida a que esta novela autobiográfica corresponde, no poseía la fe, ni había creado nada en que poder descansar satisfecho, ni por supuesto había hecho otra cosa que entrever lejanamente la posibilidad de la muerte voluntaria. El sentido de su vida se cifraba entonces en el ejercicio de la caridad. Pero, aparte ya los fracasos continuos de sus obras caritativas, ¿podía calmar la caridad humana, amputada de fe y amor divino, la inquietud de su alma?

Pío Cid habla con Consuelo, joven piadosa con la que sostiene a

menudo diálogos místico-platónicos. “El único sentimiento que yo soy capaz de sentir —le confiesa— es el amor, y lo siento por cuantas personas conozco. Si la fraternidad humana estuviera en todos los corazones, sólo existiría el amor más o menos vehemente, según la intimidad de las relaciones, pero sin que pudiera hallarse diferencia esencial entre el amor que inspira el pobre mendigo que va por la calle pidiendo limosna y el que se tiene a la mujer que es madre de nuestros hijos.” “Ese es el ideal cristiano”, interrumpe entonces la muchacha. “Diga usted mejor”, observa Pío Cid, “que es el ideal humano, y que es un ideal fácil de conseguir” (II, 211-12).

Queda así bien claro que Pío Cid no acertaba a dar a la caridad una finalidad supramundana. Y que ello era así resulta patente en un poema muy hermoso inserto hacia el final de la novela. En él, Pío Cid recita como un sonámbulo un profundo y sincero lamento. Es este poema una verdadera elegía del amor divino. El poeta conoce el amor de los hombres, el amor de la madre a su hijo, el del amante no correspondido, el amor natural recíproco y fecundo, el amor intelectual a las ideas, mas todos estos amores aguardan el sol de otro amor, del amor divino que él vislumbra y no posee. Y este amor divino es consuelo y luz del creyente, ardiente corazón que rige el universo, luz de los cielos, espejo donde el humano amor se refleja, éxtasis sublime y perpetuo de la mente, fuego sagrado de la idea creadora. Así suplica la última estrofa del poema:

*¡Oh amor divino, ten de mí piedad,  
muestra tu caridad  
con el que en tierra se postró de hinojos;  
rompe esta oscuridad,  
haz que un rayo del Cielo abra mis ojos!* (II, 573.)

Pongamos aquí un blanco, una pausa larga. Pío Cid fracasó por el camino del amor humano. Y ahora, al cabo de ese silencio, le hallamos en plena ejecución de ese trabajo último, de esa empresa final, consistente en realizar aquello que Pío Cid declaraba ser más grande que el amor.

Schopenhauer afirma que así como no hay más que tres móviles de obrar: egoísmo, maldad y compasión, así los motivos que impulsan al hombre sólo pueden ser estos tres: el bien propio, el daño ajeno, el bien ajeno (10). ¿Pero no hay también quien obra en daño propio, para su mal? Tal es el caso de Pedro Mártir, cuya aspiración es ésta:

---

(10) A. SCHOPENHAUER, *Grundprobleme der Ethik (Sämtliche Werke, Leipzig, Reclam, s. a., III, p. 607 y ss.)*.

*Ser de mi alma creador,  
crear un alma inmortal  
en mi alma terrenal,  
ser yo mi propio escultor  
con el cincel del dolor;  
solo, sin Dios, esto fué  
lo que en mis sueños soñé... (II, 810.)*

Modelar el alma propia con el cincel del dolor para disponerla a entrar purificada en la órbita de Dios es la finalidad del asceta. Pero así como Pío Cid interpretaba la caridad como ideal humano, no como ideal cristiano, así Pedro Mártir concibe el ascetismo como ascetismo terrenal, sin más allá redentor. Y es que en el alma de Ganivet se había operado una reacción impresionante. Incapaz de encontrar el amor divino a través del humano, dió la fe por perdida. Pero ¿qué solución cabe cuando fallan la fe, la caridad y la esperanza? Sólo una de estas tres: o la indiferencia escéptica, o la deificación soberbia de sí mismo, o el suicidio.

Necesitado de un sí o de un no, incapaz de prolongar la existencia sin esperanza, Ganivet adopta la solución afirmativa: intentar él mismo la acción divina, hacer de su alma el único dios. Esto podrá apellidarse "eros autocreador" si se quiere, pero ni el "eros", más bien egoísta que egotista, ni la "autocreación", que ya hemos visto que en el caso de Ganivet es más bien una "autodestrucción", ni uno ni otro término tienen la precisión suficiente. Apelemos a la terminología moral. Este pecado se llama soberbia.

Oigamos lo que dice San Juan Clímaco en el libro de la *Escala espiritual*, puesto en prosa castellana por Fray Luis de Granada, del que tanto gustaba Ganivet: "El principio de la soberbia es el fin de la vanagloria, el medio es menospreciado de los prójimos, y la jactancia de sus virtudes, estimación de sí mismo y odio de la reprehensión. Mas el fin della es negación del ayuda divina, y confianza en sus propias fuerzas, y espíritu y obras de demonio" (11). Y poco más adelante: "... los dos primeros males (es decir, la vanagloria y el menosprecio de los otros) algunas veces los pudieron curar los hombres; mas el tercero, que es negar el ayuda de Dios..., Él es el que lo puede curar" (12). Y comparemos estas frases, llenas de esa dulce ingenuidad de las obras de devoción, hoy tan olvidadas, con estas palabras de Cecilia, no menos ingenuas, como salidas del pecho de cualquier esposa pía:

*¡Insensato! No comprendes  
en tu orgullo desmedido*

(11) FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, tomo XII. Madrid, 1906; p. 325.

(12) Idem, *ibidem*, p. 326.

*que Satán te ha sugerido  
esa creación que pretendes...*

(II, 753.)

*Hay hombres desventurados  
que, por su sino fatal,  
por los caminos del mal  
van, sin saber, arrastrados*

*... ..  
A éstos Dios también les culpa,  
pero puede perdonarles,  
porque, amoroso, al juzgarles  
ve un motivo de disculpa.  
Mas de hombres de claro juicio,  
de voluntad poderosa,  
que con jactancia orgullosa  
se lanzan al precipicio...  
de éstos Dios nunca se apena,  
con ellos es implacable,  
y con fallo inexorable  
al infierno los condena.*

(II, 760-1.)

No "Eros" autocreador y "Caritas" cristiana, por tanto, sino impulso prometeico, soberbia satánica, de un lado, y humanitarismo y caridad como ideal humano, de otro. Angel Ganivet, o Pío Cid, o Pedro Mártir arrancan del cero de la incredulidad en busca de un sentido del vivir. Las diversas etapas de esta búsqueda se llaman: humanitarismo, caridad, deificación del yo. El ideal humanitario se estrella por la desconfianza en los presuntos bienes del progreso civilizador, desconfianza tan típica de aquel fin de siglo como típico fué su extremo opuesto, el progresismo. El ideal caritativo fracasa por su falta de signo divino y por el predominio que alcanza en Ganivet la aspiración a la justicia por sobre la verdadera y profunda "con-dolencia" (Pío Cid rara vez se duele del dolor de los demás, lo que le mueve es un afán de hacerlo desaparecer para que la justicia quede restablecida). Ansioso de llegar, por fin, a la conquista de la fe, el hombre desafía a Dios y se convierte él mismo en hacedor único de su alma. Pero esta creación, y el ideal, y la fe, la fe en su nuevo dios inmanente, sólo se logran y concluyen en la muerte: en la muerte simbólica del escultor, dentro del drama, y tal vez en el suicidio de Angel Ganivet, dentro de la vida real.

He aquí, pues, en las obras de autoanálisis psíquico de Ganivet (no en aquellas otras en que supo brindar a su ciudad natal, Granada, y a su patria, España, soluciones esperanzadas que no encontró nunca para sí propio), he aquí, digo, en estas obras de disección espiritual, la historia de un desvarío, de un fracaso, Pero a este fracaso, ¿quién podría negarle grandeza? Y ya decía Nietzsche que no conocía mejor

finalidad para la vida que sucumbir en algún empeño grande e imposible (13).

La obra de Angel Ganivet tiene un valor triple: literario, cultural y personal. Su actitud crítica respecto a España y su combate íntimo entre la voluntad como ideal salvador y el escepticismo como fondo ineluctable de su conciencia en crisis le dan derecho a presidir la generación del 98 en calidad de iniciador (no, como suele repetirse, de mero precursor). Así como la lírica española del siglo xx tiene sus raíces decimonónicas en Bécquer, el ensayo español de nuestro siglo hunde las suyas en el ejemplo de los ochocentistas Larra y Ganivet, y el protagonista de las novelas de éste, Pío Cid, es patrón indudable de los héroes de las novelas primeras de Azorín y Baroja: la misma simbiosis de voluntarismo nietzscheano, abulia ancestral-ambiental y escepticismo moderno podemos sorprender en uno y otros. Por otra parte, situado Ganivet en el tránsito del positivismo científico y del naturalismo literario hacia el idealismo, el simbolismo y la absorbente preocupación psicologista, su pensamiento sincero siempre, pero acaso nunca maduro, se precipita por estas últimas pendientes: el alma, en él, domina, desquicia y casi borra al mundo. De aquí que su caso venga a importarnos, sobre todo y a fin de cuentas, como testamento de una aventura espiritual ambiciosa y fracasada. Y la historia de este fracaso no es ejemplo intempestivo en un mundo como el nuestro, cada vez más cerrado a la trascendencia divina y más orgulloso de la autarquía de lo humano.

---

(13) "Ich weiss keinen besseren Lebenszweck, als am Grossen und Unmöglichem, animae magnae prodigum, zu Grunde zu gehen." F. NIETZSCHE, *Unzeitgemässe Betrachtungen*, II, 9.

Gonzalo Sobejano.  
MUNICH (Alemania).